

## CAPÍTULO XXXIII.

## El Papa.

I. Vicios de los Papas. — II. Lujo de su corte.

Después de promovidas las objeciones hasta hoy indicadas contra la Iglesia, es el blanco de todas las iras el Sumo Pontífice. Contra él se lanzan furibundos los protestantes, los ateos, los incrédulos, los libertinos, los italianos y los *italianísimos*; todos los cuales tienen alguna cosa que decir, de su cuenta, y alguna razón que presentar contra él. Como son humildes, dados á la mortificación y celantes de la pobreza evangélica, no pueden sufrir en el Vicario de Cristo la ostentación de su trono y el lujo de su corte; como son integérrimos en sus doctrinas y costumbres, les ofenden los vicios de los Romanos Pontífices; como aman el bien público, deploran que el Pontificado sea un obstáculo perenne para la dicha de Italia: todos de acuerdo se dan la mano para desacreditarlo, escarnecerlo y combatirlo; á fin de que se limite, sin mezclarse más en las cosas terrenas, á orar y bendecir como simple arcipreste de la Basílica de San Juan de Letran. Examinaremos aquí estos deseos piadosos: en este capítulo lo referente á la persona de los Pontífices, dejando para después lo que atañe á su dominio temporal.

Lo primero que ofende á vários en el Sumo Pontificado son los *vicios con que se han contaminado en demasía los Pontífices*: por el celo que tienen por la gloria divina, no pueden sufrir tanta vergüenza. Aquí, lectores, como veis, no tenemos que combatir á libertinos, sino que confortar á pusilánimes, y tranquilizarles contra los escándalos. Preguntémosles súbitamente: ¿Cómo es que mientras se inquietan tanto por cualquier desorden que vean en la Cátedra de Pedro, van inquietando y des-

enterrando de todas partes estos desórdenes para mostrarlos? No son ya los clérigos, ni los fieles más piadosos, los que, á guisa de Cam, revelan impudentes las vergüenzas de su padre; son, por el contrario, los que buscan en todas las historias eclesiásticas algun hecho poco digno, y, después de hallarlo, lo cuentan al que lo quiere y al que no lo quiere oír; lo meten en novelas, lo tratan en obras dramáticas, y agrandado, encarecido, envenenado, le entregan á los sarcasmos de la multitud en todos los libros y en todos los teatros: ¿qué clase de celo es éste, y á quién persuadirán de que les disgustan tales desórdenes? ¿No basta esto para demostrar toda su hipocresía y toda su mala fé?

Por lo demás, viniendo á responder directamente, ¿es verdad que entre los Pontífices los hubo ménos dignos de aquella dignidad altísima? Sí; hubo algunos, porque siendo hombres tambien de la pasta común, pudieron caer en su vida privada. Dios ha querido mostrar al mundo el espectáculo permanente de su Iglesia regida siempre por un hombre, y al propio tiempo ha querido mostrar su poder en este hombre, tambien frágil y pecador, conservándole infalible en la enseñanza, bien que falible en su conducta. Con esto ha demostrado, aun á los más ciegos, cuán poderosa es la asistencia que á su Iglesia otorga, puesto que no la pueden abatir, pero ni los vicios de los propios Pontífices.

Por lo demás, ¿cuántos fueron los Pontífices que deshonraron aquella dignidad? Puede parecer casi un milagro que en una serie de doscientos sesenta y dos que se cuentan desde San Pedro hasta Pio IX, no pasaran de seis ó siete. Y aun éstos, si parecieron malos, fué porque ocuparon aquel trono, donde cualquier mancha se juzga pronto gravísima: si hubieran sido príncipes temporales, hubiera pasado casi desapercibida su maldad. Pregunto á cualquiera que no ignore completamente la historia si ha existido algun Pontífice, entre los que dejaron peor fama de sí propios, que haya observado una conducta, no diré igual, pero que se acercase á la

de un Enrique el Grande, á la de un Luis el Grande, á la de un Pedro el Grande, ó á la de un Napoleón el Grande. Ahora bien: ¿cómo es que éstos conservaron, no obstante sus liviandades, sus injusticias y su política maquiavélica; hasta el nombre de Grandes, mientras ciertos Pontífices por mucho menos son anatematizados? Si esto muestra por una parte que es mucho más negra la mancha en los vestidos con aquella inmensa dignidad, acredita también cuán injusto es reprender en ellos tan acerbamente lo que á los otros príncipes se dispensa con tanta desenvoltura.

Además: ¿cuáles son las manchas que se reprehenden más en algunos Pontífices? A unos se atribuyen culpas que no cometieron cuando eran Pontífices, sino en los años anteriores; á otros se les censura por lo que merecen, de seguro, grandes alabanzas, esto es, por su firmeza y constancia en defender los derechos de la Sede Apostólica. La gran piedra de escándalo para algunos es haber visto algunos Pontífices más solícitos de sus parientes de lo que parecia regular, y no advierten que esto fué más bien falta de heroísmo que de ordinaria virtud, por cuanto el despego total de los propios parientes es perfección evangélica, más que virtud natural.

Si alguno más reo subió á la Cátedra veneranda, ¿cuándo fué? ¿Cuando la Iglesia pudo escoger su Jefe por sí misma con tranquilidad? ¡Oh! no, ciertamente. Ha elevado siempre al sumo pontificado hombres completamente intachables; mas cuando las facciones han tomado en el asunto parte; cuando los hombres del siglo, y los príncipes por sus pasiones privadas, se han entrometido en él, han llegado á subir algunos de aquellos que, consentidos para evitar mayores males de cisma ó de guerra, fueron despues el deshonor del Pontificado. Hé aquí por qué los que calumnian en esto á la Santa Sede deberian primero poner las manos en su corazón para examinar de qué fuentes provino el escándalo.

Por lo demás, si se concede que algunos fueron poco dignos de aquella Cátedra, es necesario añadir que la mayor parte estuvieron dotados de todas las

perfecciones, y que aquel trono se puede admirar con razon como la maravilla del universo. El acto de dar la vida por las propias ovejas y por Jesucristo fué considerado por el Evangelio como el más heroico de caridad que pueda ejercitarse por el cristiano; entre los Pontífices pasan de sesenta los que lo han hecho: otros han llegado á los altares con la perfección de todas las virtudes evangélicas; otros se cuentan entre los Apóstoles por su celo para evangelizar los países bárbaros: otros son doctores por su sabiduría: otros son mártires por su constancia perenne en medio de las persecuciones. Las virtudes más heroicas en los Romanos Pontífices casi no causan admiración, porque el mundo está muy acostumbrado á esperarlas de ellos; tales son el amor á los pobres, el desinterés privado, la piedad afectuosa con Dios, la santidad de las costumbres, el celo hácia el prójimo, la vigilancia sobre su grey, la oración asídua, y así sucesivamente. Procurad sólo recorrer con el pensamiento aquellos Pontífices que, segun nuestra memoria y la de nuestros padres, vivieron en el Vaticano: ¿en qué serie de príncipes hallareis hombres que puedan compararse con ellos? ¿Qué corte ha tenido, para no decir más, hombres del sufrimiento invencible de Pio VI, de la dulzura y piedad de Pio VII, del celo y de la firmeza de Leon XII, de la gravedad y justificación de Gregorio XVI, del fervor angélico de Pio IX? Murmurad, escarneced y zaherid cuanto querais: los hechos de la historia son como decimos, y no se borran con las irrisiones y con las maledicciones. Si así es, como lo es indudablemente, ¿qué injusticia revela no ver tantas antorchas que arden para iluminar al mundo entero, y pararse sólo en algun punto menos luminoso, á fin de hablar de él únicamente!

II. Despues de las acusaciones generales, vienen las especiales: la referente al lujo de su corte no es la última que se menciona. «¿Por qué el Sumo Pontífice, preguntan, los Cardenales y los Prelados de la Iglesia ostentan tanto lujo y tantas galas? ¿Os parece propio de la pobreza evangélica?

¿Por qué no distribuir más bien aquel dinero á los pobres? Por lo que diré en el capítulo siguiente, respecto del dominio temporal, quedarán más ampliamente contestadas estas preguntas: no será, con todo, inútil decir aquí algunas palabras. ¿Por qué, pregunto en primer lugar, por qué no se queja nunca del lujo heterodoxo ninguno de los celantes patrocinadores de la pobreza evangélica? Sin embargo, es evidente que sólo el clero anglicano, que es tan leve cosa en el mundo, disfruta rentas mayores que la Iglesia católica, tomada en conjunto. Cobbet, protestante, y muchos otros, con las cifras en la mano, lo han puesto en evidencia. Y razón habría para las lamentaciones: aquellas rentas corren á cargo, en gran parte, de los infelices irlandeses, los cuales, aunque católicos, son obligados tiránicamente á pagar un clero heterodoxo; aquellas rentas se gastan en el lujo arrogante de las mujeres y de los hijos de los ministros y pastores; aquellas rentas no tienen ningun fin, por tratarse de un clero que, si se prescinde de un poco de lectura pésima de la Biblia falsificada, no presta á los pueblos asistencia espiritual alguna: ¿cómo nunca, repito, se halla quien declame para la extirpación de un abuso tan extraño?

Dejando esto, ¿cómo abusan, pues, el Padre Santo y los Cardenales de sus entradas? ¿Qué lujo mantienen que sea escandaloso? El Sumo Pontífice tiene una renta tan ténue que no hay ninguno de los Monarcas, sus iguales, á quienes no concedan mucho más del doble las listas civiles. Con una suma que no pasa de cuatro millones provee á su corte, al Sacro Colegio de Cardenales, á la diplomacia, que, por razon de su autoridad, debe ser numerosísima, y tiene aún abiertas de continuo las manos para subvenir con caridad inextinguible á cualquier infortunio privado ó público. ¿A qué se reducen las rentas de que goza el Colegio de Cardenales? Lo saben todos los que lo quieren saber: Un Príncipe de la Iglesia santa tiene una renta muy inferior á la de los senadores franceses, cuyo oficio se reduce á proferir un sí algunas veces al año, y á la que acu-

mula fácilmente con dos ó tres prebendas un ministril anglicano, que no se toma siquiera el cuidado de residir donde debe desempeñar su cargo. ¿A dónde va, por tanto, á parar aquel lujo tan excesivo que se les atribuye? Logran mantener el decoro que su estado exige con la sobriedad de la mesa, con la parsimonia en las comodidades, con suprimir gastos de fiestas, de bailes, de teatros y de diversiones, en que gastan sus bienes los mundanos.

En cuanto á los pobres, ¿qué diré yo? ¿Sabeis quién adujo semejante razon por la vez primera? Judas, el cual descubrió que la Magdalena habia empleado en Jesus con excesivo lujo un vaso de unguento precioso, cuyo precio hubiera podido emplearse mucho mejor en beneficio de los pobres. Como fué alegada contra Jesus, fué aducida despues frecuentemente contra la Iglesia santa, esposa de Jesucristo, y contra su Vicario el Sumo Pontífice. Jesucristo, empero, no declaró al pérfido que dicha razon era excelente, sino que la reprobó, reprendiendo al traidor, alabando aquel lujo, diciendo que la obra era muy santa, y dando á la Magdalena, como premio temporal, una gran fama en toda la Iglesia. Cosa semejante debe decirse de aquel decoro que usan los Pastores de la Iglesia santa, que los aludidos critican como lujo. Porque así como se adornan ostentosamente los templos sagrados para que su esplendor externo eleve nuestra mente á Dios, ayude nuestra piedad y sirva para la devoción, la Iglesia santa conserva el lustre exterior de los sagrados Pastores, para que por su grandeza se conciba la extraordinaria autoridad de que son investidos por el Hombre-Dios, y la veneracion que por esto se les debe. Los príncipes de la tierra, para demostrar su poder y dignidad, se valen de todos los medios; emplean en su servicio gran número de ministros; habitan palacios suntuosos, y ponen de realce magnificencia suma: los Prelados de la Iglesia santa, que tienen una autoridad tanto más excelsa que la de los monarcas de la tierra, cuanto el espíritu excede al cuerpo, ¿no deberán darla tambien á conocer de algun modo? ¿O

se deberá tener como vanidad lo que redunde en gloria de Jesus, que ha dado tal poder á los hombres, y en honor de la Iglesia santa, que ha sido tan elevada, y en provecho de los fieles, que son conducidos así más suavemente por aquella majestad exterior, á obsequiar al Pontífice y á los Prelados, y á someterse á su autoridad? ¡Cómo! En la Ley antigua, ¿no fué Dios mismo quien prescribió ornamentos de inmenso precio al sumo sacerdote y á los levitas?

Por último: ¿quereis saber claro el motivo por el cual la grandeza exterior del Sumo Pontífice y de los Prelados da tanto que decir á los sectarios y á los que les imitan? No es el amor á la pobreza del Evangelio, porque, sin calumniarlos, sabeis que no son los más devotos y los más grandes amadores de la virtud los que así declaman. No es el amor á los pobres el que los mueve, porque los grandes limosneros son los que más acatan lo que hace la Iglesia: es, por el contrario, un deseo furibundo de arrancar la Iglesia de raíz y quitarla toda su influencia, lo que les agita sin descanso. Ven que el decoro exterior del Pontífice y de los Prelados sirve admirablemente para esculpir en los hombres que se guían por los sentidos, el respeto y la sumisión; conocen que, respetados y reverenciados así, tienen mayor fuerza para cumplir con los pueblos su deber de regirlos espiritualmente; y como quisieran arrancarles toda su autoridad é influencia, hacen una guerra implacable á cuanto puede proporcionarles la una y la otra. Hasta con los príncipes seculares obran así: les aconsejan que para hacerse populares se despojen de su majestad externa; los envían á recorrer de paisano los sitios inferiores y las plazas, á fin de que, desnudos de toda magnificencia exterior, se vaya disminuyendo el prestigio de su autoridad; y una vez perdida ésta, sea mucho más fácil conmover los pueblos y realizar las revoluciones. Semejantemente, si pudiesen reducir al Papa y á sus ministros á la condicion de pobres sacerdotes, confiarían en atraerles poco á poco el desprecio de las muchedumbres, con lo cual estarían ménos dispuestas á inclinarse á su autoridad espiritual.

Hé aquí explicado el motivo por qué con tanta hiel lo difaman, no sin fingir, torciendo el cuello, amor á la doctrina evangélica.

Por esto tampoco pueden tolerar (lo diremos aquí de pasada) que sea honrado con tantas pruebas de obsequio exterior, ni que los fieles hasta se presten á besarle el pié: por esto se desgañitan gritando que no es más que el primer Obispo, y un hombre como los demás.

Todo esto por el ódio mortal que profesan á la Iglesia santa. Debeis responderles que no sólo es el primer Obispo, sino que tiene sobre los demás una verdaderísima autoridad; que es un hombre, sí, pero un hombre á quien Jesucristo, eterna Verdad, ha prometido su asistencia para que no yerre nunca cuando enseñe aquélla; un hombre, sí, pero un hombre sobre el cual Jesucristo ha fundado su Iglesia; un hombre, sí, pero un hombre que tiene en su mano las llaves del reino de los cielos, dadas por Jesucristo; un hombre, sí, pero con el poder de atarlo y desatarlo todo en la tierra, y con la seguridad dada por Jesucristo de que se reconocerá cuanto haga; un hombre, sí, pero tambien el centro, la cabeza, el vértice, la piedra, el fundamento de toda la Iglesia, y la voz por la que habla Jesucristo á todos los fieles. Por lo cual, si le tributamos honores de toda especie, no hacemos nada que no sea extraordinariamente inferior á lo debido. Si llegamos á besarle el pié, no nos encorvamos delante de su persona por ser un hombre, sino por ser un hombre revestido de una autoridad divina: esto es precisamente lo que nosotros con dichos obsequios queremos reconocer y venerar. A los desventurados que no tienen más ojos que los del cuerpo, y que son completamente ciegos por lo que hace al alma, podrá parecer excesiva esta sumisión; mas á los que por la divina piedad comprenden bien las cosas, dicha sumisión parecerá muy leve. En todo caso, demuestren primero que el Papa no es el Vicario de Jesucristo, y proscriban despues su córte, su lujo, sus grandezas y los honores que el mundo católico presta en su persona á la divina autoridad.